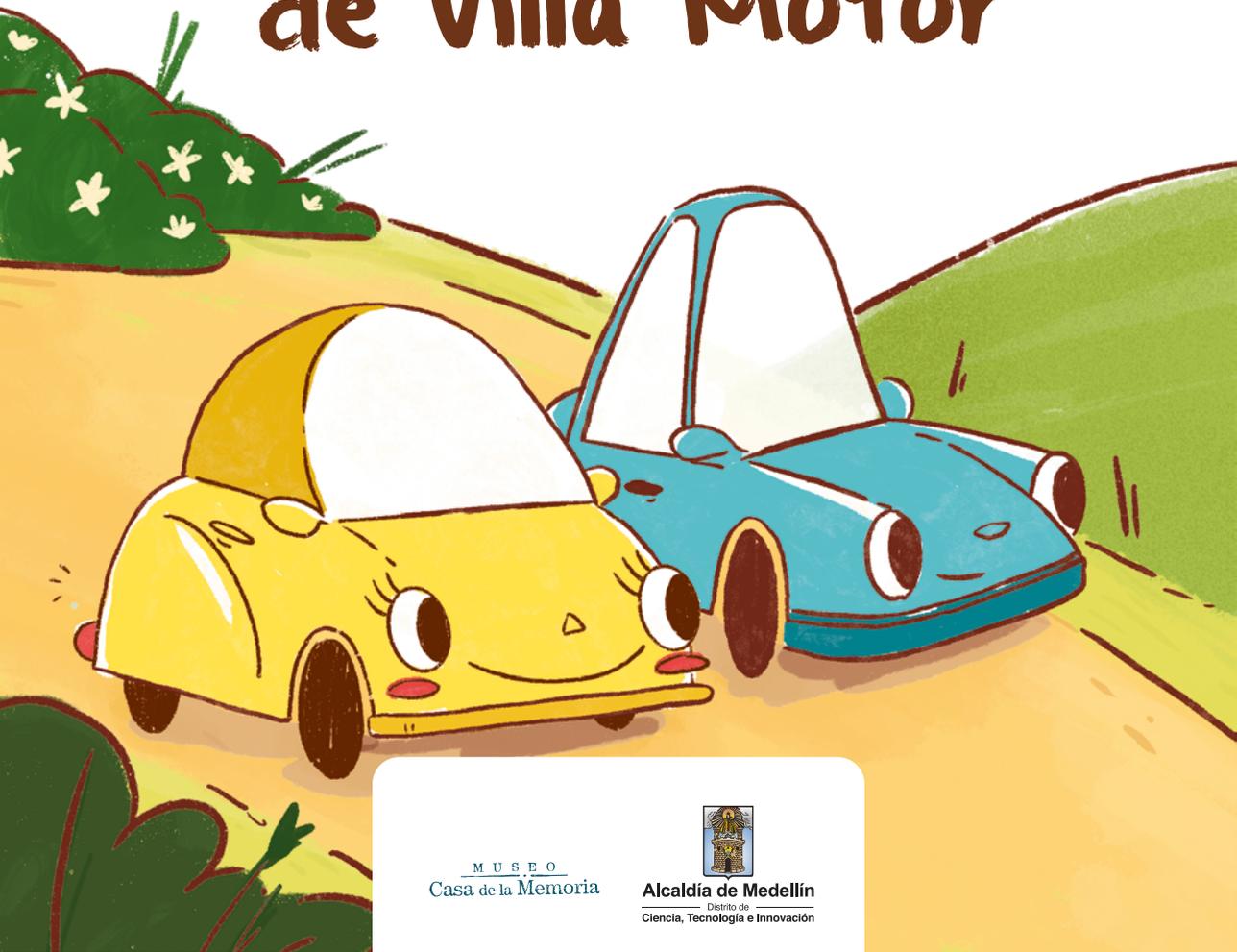


El misterio de Villa Motor



MUSEO
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación



Fondo Editorial Museo Casa de la Memoria

Distrito Especial de Ciencia,
Tecnología e Innovación de Medellín

© de la presente edición:
Museo Casa de la Memoria

ISBN: 978-628-96520-9-3
Primera edición: diciembre, 2024

Dirección:
Luis Eduardo Vieco Maya

Coordinación editorial:
Juan Fernando Jaramillo Montoya

Equipo de educación y pedagogía:
María Clara Ramírez Gómez
Jessica Sepúlveda Arbeláez
Santiago Restrepo Vélez
Susana Velásquez Velásquez
Juan Fernando Jaramillo Montoya

Ilustraciones:
Tania Flórez Henao

Corrección de estilo:
Daniela Perrone Martínez

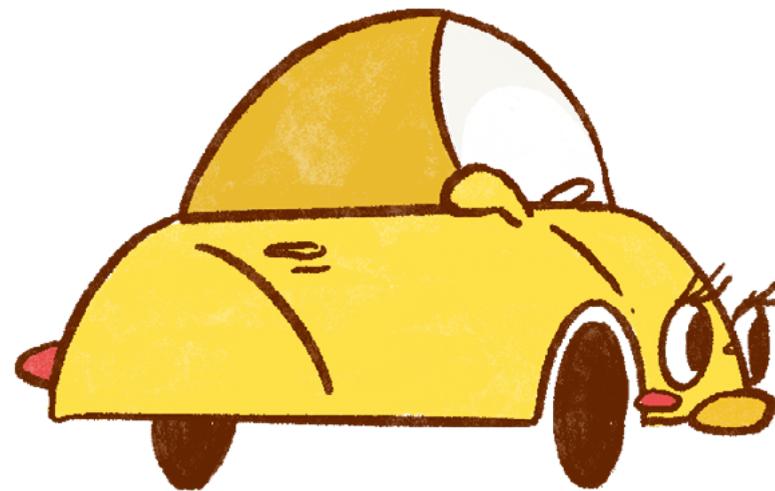
Diseño y diagramación:
Daniel Cano Jaramillo

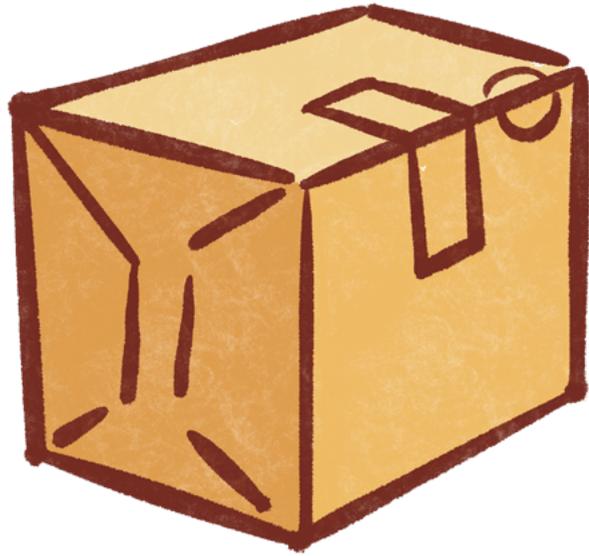
Profesional en planeación:
Carlos Ignacio Bernal Yong

Calle 51 # 36-66, parque
Bicentenario
Medellín, Colombia
Teléfono: (604) 520 20 20
www.museocasadelamemoria.gov.co

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido sin autorización escrita del Museo Casa de la Memoria. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de las características de una publicación que puedan crear confusión. El Distrito de Medellín dispone de marcas registradas, algunas de estas citadas en la presente publicación, las cuales cuentan con la debida protección legal.

Toda publicación con sello Alcaldía de Medellín es de distribución gratuita.





El misterio de Villa Motor

En lo alto de las montañas de Villa Motor, vivía una pequeña y brillante auto llamada Brillo. Sus amigos la llamaban «sabelotodo» porque siempre tenía una respuesta para todas sus preguntas, pues le encantaba investigar y aprender. Sus días eran una mezcla de curiosidad y aventuras, siempre encontrando algo nuevo por explorar.

Amaba recorrer los caminos de tierra y levantar una polvareda con sus llantas.

Una tarde, mientras Brillo estaba ocupada en sus pensamientos, escuchó el sonido de neumáticos acercándose rápidamente.

—Ruuuummmm... Ruuummmmm...—rugían las llantas.

—Allá viene Tuercas, ¡lo sé porque es uno de los autos más veloces que conozco! —dijo Brillo emocionada, mientras sus faros brillaban con anticipación.

Tuercas, un auto azul y el más veloz de sus amigos, se acercó y saludó a Brillo, deteniéndose para observarla.

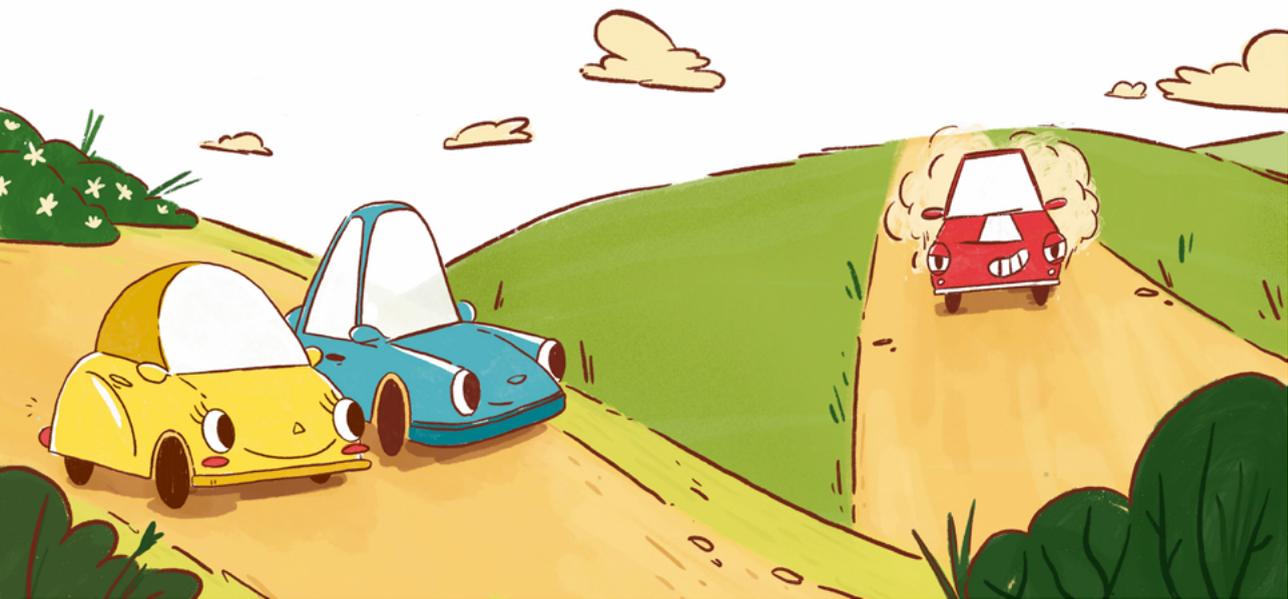
—Brillo, ¿sabes qué significa la palabra «carro»? —preguntó Tuercas con curiosidad; sus luces parpadeando.

—Aquí en Villa Motor tiene muchos significados. Un carro eres tú... y yo también. Pero un carro también es lo que usamos en el taller para poner los repuestos. Además, un carrito puede ser una pequeña versión de las tractomulas... —empezó a explicar Brillo con entusiasmo; su motor ronroneando.

—Shhhhh, eso no lo sabemos de verdad — interrumpió Tuercas, bajando la voz—. No me gusta hablar de tractomulas en voz alta.

A lo lejos, un auto flamante se acercaba a toda máquina, humeando sobre la carretera. Justo cuando se estacionó, se escuchó una voz alegre.

—¡Yuju, me encanta ser veloz! —gritó Fuego, un auto rojo e inquieto, siempre arriesgado, sus neumáticos chirriando.



Fuego, Tuercas y Brillo eran inseparables. Siempre estaban explorando y disfrutando de sus aventuras en Villa Motor. Brillo, con su color amarillo brillante y su amor por el conocimiento, les enseñaba cosas, les hablaba sobre radiadores y pistones.

Un día, mientras dejaban enfriar sus motores bajo un árbol, Fuego llegó con noticias intrigantes.



—Algo rarísimo está sucediendo en la antigua central camionera. Los carros más pequeños y veloces desaparecen por varios días y, cuando regresan, solo dicen que estaban haciendo un mandado. ¿No les parece extraño? —dijo Fuego, con los ojos llenos de curiosidad.

—Vamos a investigar qué está sucediendo —propuso Brillo, con determinación.

—¿Enloqueciste? —respondió Tuercas—. ¡No podemos meternos en esas cosas!

—¡Claro que podemos! —insistió Brillo—. Son carros pequeños como nosotros, son nuestros amigos.

—¿Qué pasa si encontramos a las...? —Tuercas no logró pronunciar la palabra.

—¿Tractomulas? —preguntó Fuego.

—¡Shhh! No digas eso en voz alta.

Las tractomulas eran muy temidas en Villa Motor. Nadie sabía muy bien qué hacían, qué transportaban, pero todos estaban seguros de que sus negocios eran turbios. Siempre se veían rodeando la antigua central camionera, un edificio viejísimo y abandonado al que nadie se atrevía a entrar.



Brillo logró convencer a sus amigos de investigar y arrancaron despacio por las calles del pueblo. Giraban por las esquinas y saltaban los resaltos. Cuando estaban por llegar a la antigua central camionera, Fuego se acercó a varios carritos veloces, pero ninguno quiso darles información. Después de un largo día de investigaciones, los tres amigos no lograron descubrir nada, pues los carritos pequeños solo decían que estaban haciendo un mandado, pero no se atrevieron a entrar en la central.

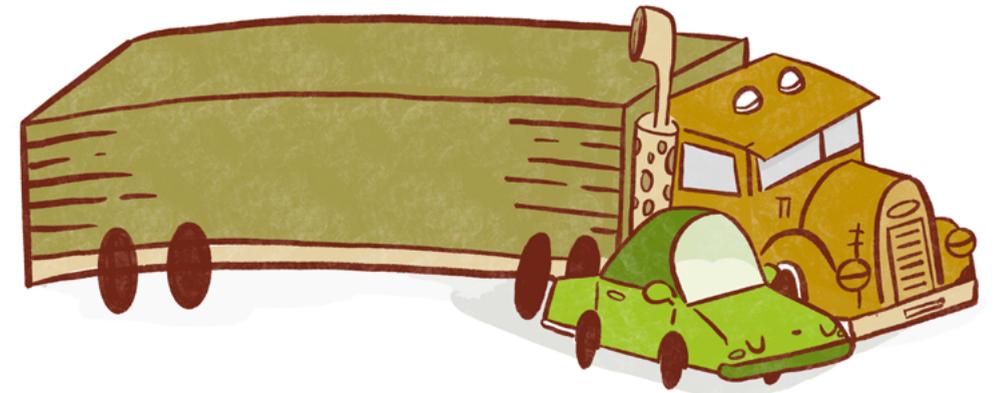
—¿Cuánto tiempo dura un mandado? ¿Qué es lo que llevan? ¿Dónde lo llevan? ¿Quiénes envían a los carritos más pequeños? —se preguntaban una y otra vez, pero no había respuesta.



Las búsquedas siguieron y siguieron, daban vueltas por todos lados con las luces encendidas. Una noche, mientras seguían investigando, Brillo escuchó una voz ruda, pero no entendió qué decía.

—¡Chicos! —susurró—. ¡Vengan!

Se deslizaron sigilosamente hasta el lugar de donde provenía el sonido.



—Date la vuelta, voy a poner en tu maletero lo que debes llevar —decía alguien—. Rueda tan velozmente como puedas y lleva esto a todas las centrales camioneras más cercanas. No abras el paquete. Si todo sale bien, cuando regreses, te daré mucho aceite de motor —era una tractomula con voz grave hablando con un carro verde.

El aceite de motor era un tesoro para todos los autos, casi como un dulce.

—Vamos a seguirlo —susurró Fuego, con los ojos brillando de emoción.

—¡No! —exclamó Tuercas, con cautela—. Eso puede ser muy peligroso.

—No te preocupes. Tendremos mucho cuidado.

Siguieron al carro desde una distancia segura, manteniendo los ojos sobre las marcas que dejaban sus llantas en la tierra. Al llegar a un edificio oscuro, vieron cómo una tractomula con aspecto sospechoso sacaba una caja grande de su baúl y la metía en la bodega. El carro, inocente y brillante, no parecía darse cuenta de lo que estaba pasando. Después de todo, solo era hacer un mandado.

—Eso no se ve bien. ¿Deberíamos avisar a alguien? —preguntó Fuego, preocupado.



—Creo que, primero, deberíamos investigar un poco más, para estar seguros —sugirió Brillo.

Se acercaron sigilosamente y encontraron una rendija en una ventana por la que podían espiar. Dentro de la bodega, había más cajas y más carros pequeños, todos cargados con cajas y bolas. De repente, escucharon un chillido de llantas acercándose. Era una tractomula que no habían visto antes.

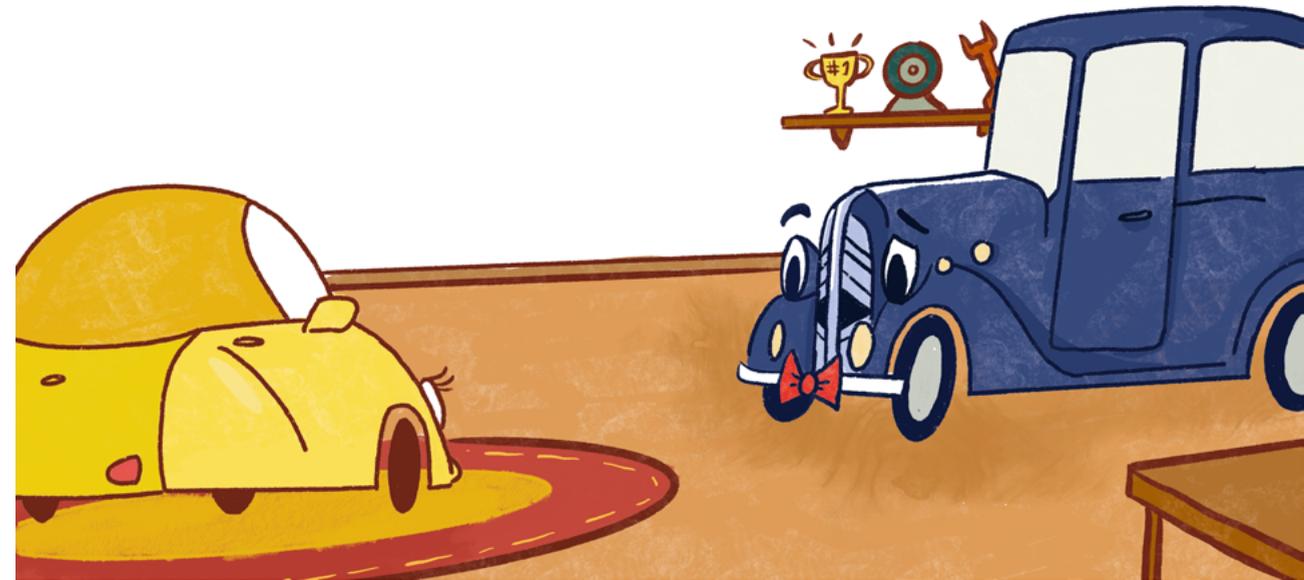
—Hola, papá —le dijo el carrito verde. —¿Qué haces aquí? —preguntó la tractomula, sorprendido.

—Estaba haciendo un mandado para tus amigos —respondió el carrito verde, inocentemente.

—No debes hacer mandados y menos para mis amigos —dijo la tractomula con voz grave, abrazando a su hijo.

Fuego, Tuercas y Brillo, al escuchar esto, salieron de su escondite y aceleraron a casa. Esa noche, los tres amigos apenas pudieron dormir, sus motores zumbaban de preocupación y adrenalina. Al amanecer, decidieron reunirse para discutir sus siguientes pasos.

—Tenemos que contarle a alguien lo que vimos —dijo Brillo con determinación—. No podemos permitir que los carritos pequeños sigan en peligro.

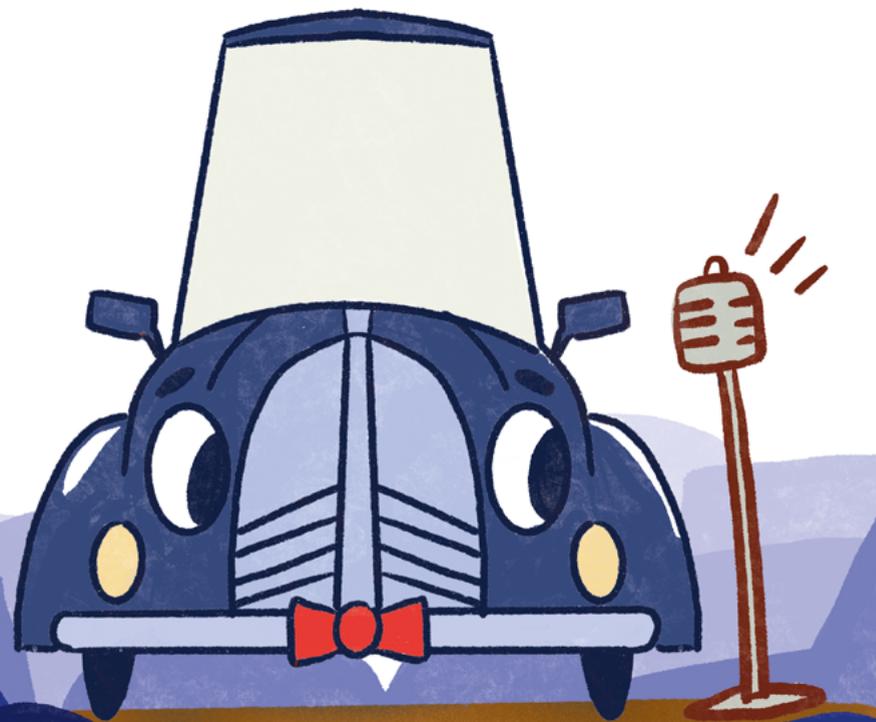


—Pero... ¿a quién? —preguntó Tuercas, preocupado—. Las tractomulas tienen mucho poder en Villa Motor.

—Quizás el alcalde pueda ayudarnos —sugirió Fuego—. Él siempre ha sido justo y quiere lo mejor para todos nosotros.

Decididos, rodaron hasta la casa del alcalde, un auto veterano con muchos años de experiencia y sabiduría. Cuando llegaron, Brillo explicó todo lo que habían visto y escuchado.

—Esto es muy grave —dijo el alcalde, frunciendo el ceño—. No podemos permitir que nuestros pequeños autos sean utilizados de esta manera. Voy a convocar una reunión urgente con todos los ciudadanos de Villa Motor.



Esa misma tarde, en la plaza central, se reunieron autos de todas las formas y tamaños. El alcalde subió a una plataforma y, con voz firme, relató la situación.

—Amigos, hemos descubierto que algunos de nuestros autos pequeños han sido utilizados para actividades peligrosas sin su conocimiento. Esto debe detenerse de inmediato. Necesitamos trabajar juntos para proteger a nuestros más jóvenes y asegurar que Villa Motor siga siendo un lugar seguro para todos.

Hubo un murmullo de preocupación y sorpresa entre la multitud, pero también un sentimiento de unidad y determinación. Las tractomulas, al ver la reacción de la comunidad, comprendieron que no podrían continuar con sus actividades turbias.

En las semanas siguientes, se implementaron nuevas reglas en Villa Motor para garantizar la seguridad de todos los autos pequeños.

Brillo, Tuercas y Fuego se convirtieron en héroes locales. Todos reconocían su valentía y determinación para proteger a sus amigos. Brillo, siempre curiosa y con ganas de aprender, siguió investigando y explorando, pero ahora con una nueva misión: asegurarse de que todos en Villa Motor vivieran tranquilos.



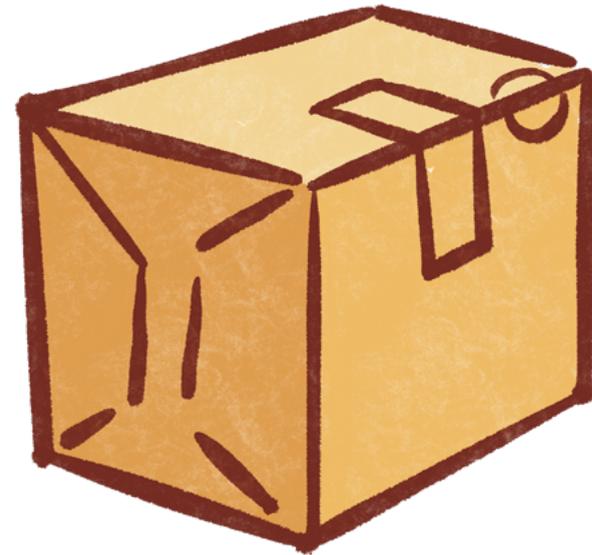
Una tarde, mientras los tres amigos descansaban bajo su árbol favorito, Fuego suspiró con satisfacción.

—Nunca pensé que una aventura nos llevaría a cambiar tanto nuestro hogar —dijo.

—Lo importante es que ahora Villa Motor es un lugar más seguro para todos —respondió Tuercas, sonriendo.

—Y que siempre estaremos juntos para enfrentar cualquier desafío —añadió Brillo, mientras sus faros brillaban con determinación.

Y así, en las montañas de Villa Motor, los autos pequeños y grandes vivieron juntos, protegidos por la valentía y la unión de sus ciudadanos, siempre listos para enfrentar cualquier misterio o aventura que el camino les presentara.





MUSEO
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación